

# EL SEMANARIO CATÓLICO.

REVISTA RELIGIOSA, CIENTÍFICA Y LITERARIA.

Núm. 90.

Alicante 10 de Agosto de 1872.

Año III.

## EL CATOLICISMO EN INGLATERRA.

Hace ya tiempo que venimos con gran satisfaccion observando los continuos y rápidos progresos que el Catolicismo va haciendo en esta nacion, y el terreno que va ganando para la causa de la verdadera civilizacion. Y no solo en la clase baja y proletaria, en la que por sus peculiares condiciones la religion verdadera se abre paso mas facilmente, es en donde se notan aquellos adelantos y progresos, sinó entre las personas de las clases mas elevadas de la sociedad por su nacimiento y por su posicion y medios de fortuna. Grandes capitalistas, Lores de la primera y mas antigua nobleza, á quienes les engríe de ordinario la altura de su alcurnia y les desvanece el oro con que les brinda el rico patrimonio de que son poseedores, vienen á doblar su rodilla ante la religion verdadera, que precisamente contradice y condena las pasiones que engendra y sostiene comunmente aquella grandeza del nombre y del dinero.

¿Qué es esto sinó patentizarse de la manera mas ostensible la fuerza que encierra la verdad católica?

¿Qué es esto sinó la luz vivísima que despide esta verdad siempre lozana, que nunca envejece, cuyos claros resplandores descubren el camino de la verdad á los que viven en las tinieblas del error? ¿Qué es esto sinó la voz de aquel Cristo que, despues de haber traído la salud al mundo que le desconocia y aun sigue para su desgracia desconociéndole, se deja oír de vez en cuando por entre la algazara y el polvo que levantan las pasiones del mismo mundo? ¿Qué es esto sinó el Cielo que, por la misericordia de Aquel que todo es misericordia, se abre para los que quieran dejar los caminos del error y de la iniquidad?

Y muchos ciertamente han prestado atentos sus oídos á aquella voz y han abierto sus pupilas á aquella resplandeciente luz, y por esto han escuchado y aprendido lecciones de salud, y han acertado con el camino que conduce á la verdad. Así lo han hecho por su bien muchos hijos del pueblo inglés, y así lo están haciendo para dicha suya y de la sociedad que aprende en estos saludables ejemplos. De esta manera se agrupan cotidiana-

mente nuevas gentes á la sombra de la bandera del Catolicismo, y al resplandor que despide el augusto misterio de la Cruz son guiadas, como los israelitas en Egipto, hácia la verdadera tierra de promision.

Así es como el número de los católicos va creciendo de dia en dia y con visible aumento en el Reino unido, de tal manera que no es vana la esperanza de que llegue el momento, acaso no lejano, en que aquella nacion vuelva á ser, para dicha suya y consuelo de la Iglesia universal, lo que fué antes de la malhadada reforma.

Pero lo que mas se admira hoy en el Catolicismo inglés, es su virilidad asombrosa y su fuerza de acción. Quizá en ningun otro pais se observe tan marcadamente esta condición, que le coloca, puede decirse así, entre la vanguardia de los que caminan al frente del movimiento religioso-católico del mundo.

La reciente junta celebrada en Lóndres por la sociedad intitulada *Union de los católicos de la Gran Bretaña*, nos ofrece una prueba consoladora é irrefragable de ello. Los diarios de aquella nacion nos han dado detalles minuciosos é interesantes de esta reunion, acerca de la que, valiéndonos de aquellos datos, creemos oportuno informar á nuestros lectores, no solo por la complacencia que los corazones piadosos han de tener en el conocimiento de ellos, sino principalmente por las ventajas que de aquí

reporta la divina causa del Catolicismo.

Triste es para nosotros la confesion de ciertas verdades, y nos duele en el alma tener que hacerla como buenos católicos; pero es lo cierto, que mientras nuestros príncipes, nuestros gobiernos y nuestros parlamentos muestran una indiferencia tan sensible como culpable en cuestiones que afectan hondamente los sentimientos del pueblo español, es consolador contemplar el espectáculo de Inglaterra, de la cual podria decirse que los que allí son católicos lo son mas que los demás católicos del mundo. Los diarios ingleses, como antes hemos dicho, contienen reseñas interesantísimas de la gran junta ó *meeting* que la sociedad *Union de los católicos de la Gran Bretaña* ha celebrado.

Millares de católicos se reunieron en los espléndidos salones de los *Wellis* de Lóndres inmediatos al palacio de *Saint James*. Presidia aquella numerosísima y brillante reunion de damas y de hombres el noble duque de *Norfolk*, y entre los presentes se hallaban el Arzobispo *Manning*, los condes de *Dem-bigh* y de *Gainsborough*, monseñor *Capelle*, monseñor *Patterson*, Lord *Howard*, otros Lores y señoras distinguidas, los sacerdotes del *Oratorio* y de la iglesia de la *Concepcion*, así como otras muchas personas no menos notables y distinguidas.

El presidente abre los debates,

diciendo que la *Union Católica* había convocado aquella reunion para expresar sus simpatías hácia el Padre Santo, víctima de los ataques del gobierno italiano, y hácia los jesuitas injustamente desterrados de Alemania. La supresion de las corporaciones religiosas, de que se queja el Papa en su carta al cardenal Antonelli, era un paso mas dado por el gobierno italiano en la senda de opresion contra la Santa Sede; y los católicos de Inglaterra consideran que ese sistema de persecucion destruye la religion que aman en el mundo. Los católicos ingleses, que no pueden olvidar los servicios que los jesuitas han hecho á la Iglesia en tiempos difíciles, al verlos hoy blanco de persecuciones, en tierras extranjeras, tienen el deber de expresarles su apoyo y ardientes simpatías. Grandes aplausos acogen estas palabras.

Lord Howard cree que la resolucion adoptada por el gobierno italiano afecta á la sociedad religiosa y al mundo católico, y propone que la Asamblea declare que el proyecto de suprimir las órdenes religiosas en la ciudad de Roma, metrópoli del cristianismo, es un golpe dado al Catolicismo en todo el mundo. Siendo los jesuitas la vanguardia de la Iglesia, su persecucion lastima los derechos internacionales de todos los católicos, y es tiempo ya de que Inglaterra proteste contra la política de insulto y de despojo que sigue el gobierno italiano respecto de la Santa Sede.

Monseñor Capelle demuestra primero cuál es la admirable organizacion de la Iglesia católica, organizacion en la cual las comunidades religiosas tienen un puesto importantísimo, y atacarlas en Roma es destruir su vida interior y herirlas en el corazon. El digno Prelado hace con este motivo el mas caloroso elogio de la hermana del duque de Norfolk, que, como tantas otras católicas inglesas de las mas altas familias, han consagrado su vida, su tiempo y su fortuna en auxilio y educacion de los pobres sin distincion de creencias. El centro de estas influencias civilizadoras en Roma, y aquellas comunidades religiosas que se consagran á los deberes de la virtud cristiana merecen apoyo, no solo de los católicos, sino de todos los hombres de honor y de justicia contra un acto de iniquidad.

La primera mocion de Lord Howard es votada por unanimidad en medio de grandes aplausos.

El conde Dembigh propone en seguida declarase la Asamblea, que las medidas recientes del imperio germánico, estrañando de su territorio á los jesuitas y á otras congregaciones religiosas, sin probarles acto alguno ilegal contra el Estado, son una ofensa al derecho natural y una injuria hecha á los católicos de todas las naciones. El orador apoya su proposicion, no solo como católico, sino como inglés y campeón de la libertad y del derecho, pues no quiere se diga que

vivimos en una edad de vergüenza. Sir Carlos Clifford, al apoyar esta resolución, se espresa con gran ardor, y profetiza al príncipe de Bismark en la historia el papel de Juliano el apóstata; pidiendo al *meeting* declare, que las medidas de los gobiernos italiano y alemán constituyen parte de un ataque general contra las libertades de la Iglesia católica, exigiendo una protesta de los católicos de todo el mundo.

Sir Guillermo Allies traza el cuadro de las violencias cometidas por el gobierno italiano contra la Santa Sede, y declara que actos semejantes cometidos en Londres habrían producido una revolución. Pero ahora no se ataca ya solo al poder temporal, sino al poder espiritual del Santo Padre, que Italia protestaba querer respetar. Por su parte él esperaba mas noble conducta del imperio germánico, que, creado hace un año, se había lanzado ya en plena persecución de la Iglesia.

El Arzobispo Manning, que al levantarse es vivamente aplaudido, empezó proponiendo un voto de gracias al presidente de la Asamblea, y felicitándose de que en esta edad, llamada con razón por uno de los oradores *edad de vergüenza*, sean los seculares católicos ingleses los que rivalicen con sus Prelados en resistir las invasiones contra la libertad de la Iglesia, y en enviar al Santo Padre la oferta sincera de sus fortunas, y si es preciso, de sus vidas.

En el último cuarto de siglo ha visto una hipócrita revolución en Italia, buscando la justificación de sus actos sacrílegos en supuestas agresiones por parte del Vicario de Cristo. Ahora el segundo acto de este triste drama parece querer representarse en Alemania unida á Italia. El orador había visto con esperanza para la civilización del mundo la unidad de la Alemania; pero al contemplar al canciller del nuevo y grande imperio mareado con sus triunfos y fomentando las divisiones religiosas del pueblo, ha empezado á temer por el imperio germánico. Es imposible que no se haya apoderado del príncipe de Bismark cierta fascinación, que le hace destruir con sus propias manos la gran obra por él levantada.

El cardenal Manning cree que el origen de todas estas violencias pasó de Florencia á Munich, y que el príncipe de Bismark, á pesar de su genio, está siendo víctima de las sociedades masónicas, tan poderosas en Italia y Alemania. Por su parte, él espera en Dios que esta otra gran sociedad mas poderosa, que forma el Catolicismo, del cual son vanguardia las órdenes religiosas, sobrevivirá á los masones y á los revolucionarios.

Pio IX podrá ser un nuevo mártir; las órdenes religiosas serán despojadas, perseguidas, arrojadas de reino en reino; pero ni serán suprimidas nunca, ni el Pontificado desaparecerá, siendo esta institución de Dios. En cuanto á los je-

suitas desterrados, ellos no temen el destierro; y esta gran sociedad, que durante mas de trescientos años se ha visto atormentada, aprisionada, vivirá á la cabeza del Catolicismo, como vive hoy á la cabeza de la Iglesia en Inglaterra. Nuestro Señor nos ha dicho, que los Apóstoles perseguidos en una ciudad deberian ir á otra, y predicar siempre la palabra divina.

La voz de esta Asamblea resonará en el mundo entero, porque es la voz independiente y libre de la Inglaterra. En fidelidad á la Santa Sede, en adhesion á sus pastores, no hay católicos que excedan á los católicos ingleses, y el espectáculo que da ahora la Gran Bretaña no será perdido para la Europa ni para el mundo. Inmensos aplausos acogen este brillante discurso del eminentísimo Manning, y las resoluciones son aclamadas por unanimidad.

En Francia esta actitud de los católicos de Inglaterra excita una noble emulacion, y lo mismo acontece en Italia, en Bélgica y en Austria.

Y ¿qué hacemos los católicos españoles? por ventura carecemos de la fé y de la fuerza de conviccion de los ingleses? No, ciertamente; nos faltan, al menos así parece, el brio que á ellos distingue, ó acaso estas cualidades están cohibidas por las especiales circunstancias que nos rodean.

De cualquier modo que sea, desplegada tenemos la bandera de

nuestra sacrosanta religion, contra la que tantos enemigos se han levantado y tantos hijos ingratos atacan de palabra y de obra. Aunemos nuestros esfuerzos, combatamos con firmeza y constancia todo género de errores contra la pureza de nuestras creencias, y no desconfiemos del favor del Cielo, que nunca lo negó á quien con ánimo resuelto sostiene su santa causa.

No perdamos de vista la conducta noble y valerosa de los católicos ingleses: formemos un cuerpo con los de todo el mundo, y opongamos un valladar inquebrantable al torrente de iniquidades que ha vomitado el infierno é inundado la sociedad actual, seguros de que la victoria está prometida al que luchare en las santas batallas de la eterna verdad.



## LA MÁSCARA REVOLUCIONARIA.

El espíritu revolucionario, que con toda exactitud se puede llamar espíritu satánico, hace siglos que está luchando con la existencia de la Iglesia católica, llamando en su auxilio todas las pasiones humanas. De un siglo á esta parte la guerra ha tomado apariencias de duelo político, y el espíritu satánico ha cubierto su feo rostro con la máscara de la libertad. Este disfraz, diabólicamente imaginado y tenazmente conservado, ha atraído á la causa revolucionaria y antisocial á partidos, clases é individuos que han

de ser las víctimas necesarias, preferentes, inevitables de la revolución.

Parece providencial el fenómeno que presenciarnos hace más de un siglo: las clases conservadoras de todas las capas sociales, los hombres instruidos é inteligentes, están trabajando afanosamente en su propia ruina, preparando el reinado de la anarquía, de la ignorancia, de la barbarie. Ora halagando su vanidad, ora excitando su codicia, ora exaltando su imaginación con fórmulas sonoras y vacías de sentido, el espíritu satánico ha llevado aquellas clases á destruir los principios y las instituciones que eran la mayor, más poderosa é irremplazable defensa de todo lo que ellas aman y desean conservar.

No hay necesidad de ahondar en la historia para demostrar esta verdad; basta fijarse en las persecuciones incesantes, inicuas, que el Catolicismo está sufriendo en los pueblos de raza latina, persecuciones aconsejadas, promovidas y sostenidas más por las clases ricas y cultas que por el proletariado. Y tanto es así que, con una ceguera humanamente inexplicable, ha sido necesario corromper, desmoralizar, embrutecer á las clases populares para poder llevar á cabo aquella obra de iniquidad. Soltada la fiera, rotas las ataduras que contenian sus feroces instintos, ¿quién será ahora bastante poderoso para librar á la sociedad de los estragos que se le preparan? ¿Cómo ha de contener el temor de los hombres á aquellos á quienes va no contienen el temor de Dios.

El reinado de la *Commune* de Paris — preludio de la tempestad social que nos amaga — ha indicado bien, por la dirección y predilección de la saña de los nuevos

vándalos, donde se halla el mayor y más tenaz obstáculo á su triunfo definitivo; y no obstante, las clases y los gobiernos, que temen y deben temer el imperio de las pasiones anárquicas, lejos de aprovecharse de aquella lección, de aquel aviso providencial, se afanan con una tenacidad y una persistencia fatales en facilitar la obra de los demoledores.

Hoy ya no hay una persona honrada, una persona que de buena fé pueda creer en la sinceridad de los enemigos de la Iglesia católica. Con la máscara de «la Iglesia libre en el Estado libre», han ocultado sus concupiscencias, su sed de dominación y mando, sus planes de destrucción: máscara que hoy arrojan ya sin reserva; porque consideran seguro é irresistible su triunfo, ó porque no conocen medio de prolongar su ficción.

Esta ficción consistia en querer que la Iglesia — en interés de ella misma, decian sus hipócritas enemigos — gozara de completa libertad dentro del derecho común. Descargada en Roma de los cuidados del gobierno temporal, y en el resto del mundo de las obligaciones y trabas del régimen de los concordatos, había de gozar en todas partes de una independencia casi absoluta del poder civil, independencia fundada en los derechos individuales, que le habían de permitir celebrar reuniones, crear asociaciones, escribir y predicar con entera libertad sus doctrinas y establecer sus enseñanzas.

El poder civil no debería á la Iglesia sino la garantía del goce de los derechos políticos y civiles comunes á todos los ciudadanos, pero en cambio la Iglesia tampoco debería al poder civil esas sumi-

siones que en otro tiempo le impuso el regalismo. Esta nueva evolucion histórica, esta nueva forma de las relaciones entre la Iglesia y el Estado, esta reconciliacion de la Iglesia con el derecho moderno, habia de crear una era de prosperidad, de esplendor, de verdadera popularidad para la más popular y la más democrática de todas las religiones.

Este era el lenguaje de los enemigos de la Iglesia, cuando consideraban necesaria la hipocresía para preparar y desenvolver sus planes de destruccion y usurpacion. Convidaban á la Iglesia á esa cena pascual de la libertad, á esa participacion del derecho moderno.

Hoy ya ni los más osados se atreven á usar ese lenguaje, que alucinó á hombres de talento y buena fé, y que los hechos van acreditando de falso y traidor. Arrojada la máscara, á la Iglesia se le niegan todos los derechos y todas las libertades: se la despoja, se la ataca en su organizacion, se le disputa el derecho espiritual de definir y proclamar sus dogmas, se le cierran sus escuelas y proscriben sus profesores, se le disuelven sus asociaciones, se le rehusa hasta el derecho de ejercer la caridad. Cuando habia de brillar para ella el sol de la libertad, aherrojada, escarnecida é injuriada — pero no vencida ni humillada — se le niegan los derechos de que gozan todos los que se asocian para destruir las bases del orden social.

Á los católicos de Italia se les ha invitado varias veces á que tomaran parte en la vida pública, y por no atender estas invitaciones se les ha acusado de malos patriotas, de hombres indiferentes por los intereses generales. Conocida de todos es aquella famosa circular del difunto conde

de Cavour, en la cual se aconsejaba á la Iglesia que aceptara las nuevas instituciones de Italia, que se reconciliara con el liberalismo y la civilizacion moderna: ahora acabamos de ver la sinceridad de aquellos ofrecimientos y la justicia de aquellas acusaciones. Los católicos italianos, no ya para intervenir en la gobernacion del pais, sino para impedir que la administracion municipal continúe siendo un instrumento de ateismo y desmoralizacion, resolvieron tomar parte en las últimas elecciones.

Apenas anunciada esta resolucion, el ministro del rey Victor Manuel se consideró obligado á señalar á las iras populares á los que se atrevian á usar del derecho comun, á que tantas veces fueron invitados. De enemigos de la patria y de la civilizacion acusa el ministro italiano á los que usan de un derecho, que les dan las leyes para oponerse al desborde de las pasiones anárquicas que nos han de ahogar á todos, incluso el ministro Lanza y sus cómplices. Á la excitacion poco velada y no muy decorosa del presidente del Consejo han correspondido las manifestaciones bulliciosas y las amenazas de los sicarios, que tenian asegurada la impunidad para todos los desmanes.

Con tales condiciones, ¿cómo habian de vencer los católicos, faltos de la organizacion necesaria para esta clase de lucha, y combatidos por el gobierno, sus agentes y sus sicarios?

¿Indica esto que las opiniones y los intereses católicos no tienen partidarios en Italia? ¿Probará que los católicos están en minoría? La contestacion á estas preguntas nos las da el diputado Pisanelli en las siguientes palabras, que leemos

en un discurso pronunciado recientemente: «Es cierto que al gobierno le preocupa la actitud de los católicos en visperas de las elecciones, y que se emplearán todos los medios para ganarlas. No obstante, no hay que hacerse ilusiones, si el partido clerical pierde esta vez la batalla, porque aún no está disciplinado ni organizado, el año venidero ganará sin duda, y dentro de dos años el Consejo que se reúne en el Capitolio estará en manos del Papa...»

Hé aquí explicado el acto inaudito é injustificable del presidente del Consejo, que declara enemigos de la patria á los católicos por el simple propósito de tomar parte en las elecciones municipales. Sabe, como Pisanelli, que los católicos están en mayoría, y quiere que continúe la dominación de una minoría, que se impone á fuerza de audacia, alterando la verdad de los hechos y haciendo escarnio de las instituciones que ha impuesto al país conquistado.

Esta es la historia de todos los pueblos de la raza latina, historia que se completa diciendo que la cobardía y el egoísmo de las clases llamadas conservadoras permiten esas situaciones de fuerza y de mentira que nos preparan un inevitable cataclismo.

*J. Mañé y Flaquer.*

---

**La fiesta y procesion del Sagrado Corazon de JESUS en Marsella el dia 7 de Junio de 1872.**

---

«Jamás (dice el *Semanario católico de Marsella*), se celebró con tanta pompa y con tan edificante fervor el cumplimiento

del voto de la ciudad.» Se había acordado por votacion, que Mr. Armand, presidente del Tribunal de Comercio, cumpliría el voto de los regidores de 1722, en nombre del pueblo de Marsella, con el concurso del Tribunal civil y los delegados de las diversas corporaciones. A este efecto, se reservaron algunos asientos en la Iglesia de las *Grandes-Maries* (primer monasterio de la Visitacion.) La religion de los juramentos había sido violada por los que debían haberla respetado: la ciudad entera acudió á aquel lugar, reemplazando á los que la administran.

En el exterior, la multitud, piadosamente congregada para tomar parte en la ceremonia del interior, cantaba himnos sagrados.

Llegado el momento del ofertorio, adelantóse Mr. Armand hasta el altar, arrodillándose ante él y ofreciendo, trémulo de emocion, al obispo, que le bendijo con tierna efusion, un gran cirio de cera blanca adornado con las armas de la ciudad. Aquel cirio fué enseguida colocado en un candelero especial donde permaneció encendido todo el día.

Terminada la misa, el Ilmo. Sr. Obispo rezó tres *padre nuestros* por Francia, por Marsella y por el Papa. Dió luego la bendicion con el santísimo Sacramento, é inspirándose en su corazon paternal, no quiso privar al pueblo, que se hallaba fuera, de aquel consuelo. Los Curas párrocos de Nuestra Señora del Monte y de San Pedro y San Pablo, cogieron dos candelabros y acompañaron la adorable Eucaristía, que el Obispo elevó por encima de millares de cabezas, inclinadas con impotente silencio, para



bendecirlas, y con ellas á toda la diócesis del Sagrado Corazon de Jesús.

La ceremonia terminó sobre las diez de la mañana. A petición del respetable Mr. Armand, las principales autoridades reunidas en la sacristía, firmaron un acta, consignando que, el día 7 de Junio de 1872, el Tribunal de Comercio, para cumplimentar el acuerdo tomado en 1722 y por falta del Ayuntamiento, habia cumplido el voto de los Regidores de Marsella.

La fiesta de la mañana no fué mas que un preludeo.

La de la tarde sobrepujó á cuanto hiciera antes Marsella respecto á manifestaciones religiosas, porque, bajo este punto de vista, aventajó en mucho á sus fiestas que se celebraron en Junio de 1864.

Las calles estaban cubiertas de flores, engalanadas con vistosas banderas, colgadas con ricos tapices, animadas con una multitud llena de júbilo, brotando la alegría por todas partes, y donde apenas una nota discordante llegaba á turbar el general y armonioso concierto que por doquier reinaba.

Una buena mujer del pueblo exclamó al pasar el Santísimo Sacramento: «Querian privarnos de que nos bendijera el bondadoso Dios!»... Bellísima expresion del sentimiento popular manifestado con exactísima precision. Indignado por verse privado de la bendicion de su divino Señor, el pueblo marsellés manifestaba ostensiblemente su gozo, viendo levantada aquella prohibicion, precisamente cuando menos esperaba que se diera semejante satisfaccion al deseo general.

La comitiva de Nuestro Señor era tan

numerosa, que, á pesar de la extension de la carrera, la cruz volvia á entrar en la Catedral, cuando salia de ella el santísimo Sacramento. Calculase que asistieron á la procesion unas diez mil personas, cuyas dos terceras partes eran hombres.

Seguian al Santísimo Sacramento, el general de division, comandante en estado de sitio, el prefecto de las Bocas del Rodano, dos generales de brigada, los presidentes y jueces de los diversos tribunales de Marsella, los jefes y dependientes de los principales ramos de administracion, y entre ellos todos los empleados de la aduana, varios cónsules extranjeros y oficiales de todos los cuerpos y de todas graduaciones.

En lugar del ayuntamiento, única corporacion que no figuraba, habia tres de nuestros antiguos alcaldes, los señores Lagarde, Onfroy y Bernex, con los tenientes de alcalde y regidores de su época, cuyos señores iban despues de las autoridades. Seguia despues una inmensa multitud de la que se habian considerado obligados á formar parte la juventud católica de la ciudad, todas las notabilidades del comercio y de la industria, todas las profesiones liberales y la clase obrera. Todos estos grupos entonaban el cántico al Sagrado Corazon, y el pueblo, testigo de aquel hermoso espectáculo prorumpia en aplausos, que apenas podian contener las personas que componian aquel imponente acompañamiento. Cuando aquella coluna, que iba engrosándose incesantemente, pasó por la carrera de San Luis, las ramilleteras la cubrieron con una lluvia de flores. Los soldados que formaban parte del séquito,

fueron objeto de la misma ovacion y adornaron con las flores que recibian los cañones de sus fuertes.

En el momento de la solemne bendicion, oimos á uno de los presentes que exclamaba: «¡Oh! cuán hermosa es nuestra religion!» Sí, hermosa hasta lo ideal, pero sobre todo buena y misericordiosa hasta lo infinito, porque es divina!

En el descanso del paseo de Belzunce, nos aguardaba otra sorpresa. En el punto mas elevado de aquel sitio, que domina la estatua del inmortal héroe de la peste de Marsella, juzgó su ilustrisima que debia hacer la oferta del cumplimiento del voto. Aquella inspiracion de su corazon fué recompensada con el admirable recogimiento que reinaba en la inmensa multitud.

Al regresar á la catedral, llena de hombres, hubiérase dicho que las piedras del santuario y las bóvedas de la iglesia cantaban tambien su himno al sagrado Corazon: *Cor Jesu sacratissimum, miserere nobis!* El pueblo fiel, heredero de esta antigua devocion marselesa, no cesaba de repetirlo con un acento que no tiene equivalente en los clamores de la humanidad. El amor, la piedad, el arrepentimiento, el dolor, el gozo, estaban mezclados en aquel acento que invocaba al sagrado Corazon del divino Señor. Asi deben cantar las almas santas, porque en aquellos instantes el espíritu de santidad dominaba en toda la asamblea, que no formaba mas que un corazon y un alma.

A las ocho todo habia terminado; pero no le bastaba aun á la multitud, porque, al separarse lentamente, iba prolongando por la calle el entusiasmo que reinaba dentro de la iglesia, cantando en piadoso

concierto, sin desorden y con la paz que dá el corazon unido á Dios ¡Oh! vosotros que hablais del pueblo y que quereis hacerle dichoso, venid á ver como lo es, cuando un gran sentimiento se apodera de él y lo sobrepone á las miserias que le hace olvidar, á las pasiones que le hace vencer y a los ódios que aplaca, acercándolo á su Dios ¡»

---

## NOTICIAS.

---

Roma.—Los periódicos de la capital del mundo católico del 17, dicen que continuaba la agitacion; que en la plaza Navona, la tarde anterior, habianse reunido, como de costumbre, los alborotadores, y se habian dado gritos, pronunciando terroríficos discursos y hasta disparado algunos tiros de revolver.

El Gobierno de Victor Manuel, comprendiendo que iba á descubrir demasiado su complicidad en estos sucesos, si no tomaba algunas disposiciones por el bien parecer, dictó al quinto dia algunas medidas y llenó la plaza de agentes de policia y carabineros, poniendo además la guardia nacional y la tropa sobre las armas. Apesar de esto, y de que el 16 no tomaron mayor incremento los desórdenes, no se ha restablecido la tranquilidad, porque hay la idea de que los revoltosos preparan cosas graves, secundados ó movidos por algunos poderosos.

Los católicos no se desaniman por esto y siguen disponiéndose para tomar parte activa en la eleccion.

El dia 17 recibió Su Santidad en audiencia privada al baron de Micheles, encargado de Negocios de Francia cerca de la Santa Sede.

Después, el Papa, recibió á otras varias personas respetables, entre ellas al oficial de Estado Mayor de Austria, caballero Raab.

El 29 el Padre Santo, despues de proveer varias diócesis vacantes, dirigió á los nuevos Obispos que se hallaban presentes las siguientes palabras:

«Veo con gusto aquí presentes á los Obispos de Chiusi y Liorna, y puesto que se trata de ambas diócesis, debo decir algo sobre ellas. Diré que á ambas las he bendecido cuando tuve que ir á Toscana. En general el buen pueblo de Toscana me recibió con alegría y de todas partes venían á mi encuentro multitud de personas alegres y gozosas: todo el mundo mostraba gran devoción y un vivo deseo de obtener la bendición del Papa.

En cuanto á Chiusi, la bendijo desde la puerta porque llegué muy tarde: también Pienza, sede reunida, fué bendecida de lejos durante mi trayecto.

En fin, con la ayuda de Dios, llegué á Liorna. Entré allí y llegué hasta la plaza. Con este motivo os recordaré que Liorna ha encerrado siempre en su seno mala gente; el pueblo es bueno, pero en medio del pueblo existe cierta clase de gente mal intencionada. Hubo alguna duda acerca de si convenia entrar, porque se temia algun desorden. El mismo gran duque lo temia y deseaba que hubiese evitado pasar por Liorna.

Sin embargo, con la ayuda de Dios entré en dicha ciudad, y hubo una tranquilidad tan grande que desde un balcón, frente á la catedral, di la bendición á gran número de personas; recuerdo que la multitud era tan grande, que veia gente por todas partes, no solo en las ventanas y terrados, sino hasta encima de los tejados.

Así, pues, estas dos diócesis han sido

bendecidas por el Vicario de Jesucristo, y creo que esta bendición produjo entonces frutos abundantes; espero que producirá mas ahora, que los dos Obispos aquí presentes van á ir allí; por su intermedio renuevo la esperanza de que esta bendición, unida á su celo, mantendrá intacto en el pueblo y hasta aumentará ese tesoro de la fé contra el que se dirigen hoy la mayor parte de las asechanzas de los impíos. De ese tesoro tenemos suma necesidad.

Esperamos que esa fé crecerá especialmente en Liorna; y ciertamente, si la bendición del Papa debe tener siempre buenas consecuencias, debe ser, sobre todo, para Liorna, que he bendecido, no una vez sola, sino dos, tres, y hasta diez veces.

Sin embargo, aún hay ahora pequeños malvados, y de ese país nos ha venido cierto periodista judío, que, no contento con intrigar en Roma, ha ido á intrigar á Frascati.

Esperamos que San Pedro, que es un Santo poderoso, y que se venera en aquella catedral, defenderá la ciudad de Frascati y hará abortar las intrigas del perturbador.

Bendigo, pues, de nuevo, á vosotros, á vuestras diócesis y vuestras familias.

*Benedictio, etc.*

Escrtben del Norte de Aragon dando noticias desconsoladoras acerca de la penosa situacion por que está atravesando todo el clero parroquial de aquella localidad; si Dios no lo remedia, á principios del próximo invierno se verán los párrocos en la necesidad de cerrar sus iglesias por ser materialmente imposible continuar el culto. Renunciamos á hacer comentarios sobre esta noticia que pinta el estado en que se hallan todas las diócesis de España, á muchas de las cuales,

como á la de Jaca, se adeudan ya veinte y ocho mensualidades. ¡Que el Señor se apiade de su Iglesia y envíe pronto sobre España dias mejores!

El Patriarca de Cilicia, Mons. Hassoun, recientemente desterrado de Constantiplona por el Sultan, llegó á Roma el 25, donde fué recibido por el secretario de la Propaganda, el Arzobispo Armenio, señor Nersciabuch y los alumnos del colegio armenio.

Al dia siguiente fué al Vaticano, donde el Papa le abrazó con efusion, y con elocuentes palabras elogió la admirable firmeza de que habia dado muestras monseñor Hassoun. Pio IX. elogió igualmente la constancia de los católicos armenios que han permanecido fieles y ha deplorado la conducta de los otros, aunque espera que estos males tendrán pronto término.

El Papa, al despedir al Patriarca, le regaló un rico anillo y una preciosa cruz episcopal.

---

### Visita de la Côte de María en la presente semana.

---

Dia 10.—Ntra. Sra. de la Escalera, en San Nicolás.

Dia 11.—Ntra. Sra. de Gracia, en San Francisco.

Dia 12.—Ntra. Sra. de la Anunciacion, en San Nicolás.

Dia 13.—Ntra. Sra. de la Esperanza, en San Nicolás.

Dia 14.—Ntra. Sra. del Consuelo, en las Monjas Agustinas.

Dia 15.—Ntra. Sra. de Guadalupe, en las Capuchinas.

Dia 16.—Ntra. Sra. de las Angustias, en idem.

Las personas que gusten inscribirse en dicha asociacion, podrán dejar sus nombres en las sacristias de las Iglesias

de San Nicolás, Sta. María y San Francisco, y recoger luego las cédulas que se espiden sin interés alguno.

---

### CULTOS RELIGIOSOS.

---

Domingo. En la Colegial misa conventual á las nueve menos cuarto. Por la tarde predicará en la novena D. José Gomiz, vicario de Ntra Sra. de Gracia. En Sta. María misa mayor á las ocho y media. En las demás iglesias los oficios de costumbre.

Lunes. En las Capuchinas á las ocho solemne funcion á Sta. Clara con sermon que predicará D. Joaquin Garcia, cura ecónomo de Sta. María. En la novena de Ntra. Sra. del Remedio predicará D. Vicente Morell, teniente cura de la Colegial.

Miércoles. Vigilia, ayuno y abstinencia de carne. En Sta. Maria dá principio á las cinco y media de la tarde el solemne novenario de la Virgen de la Asuncion, Santo Rosario, Meditacion, Sermon que dirá D. Francisco J. de Guimbeu, vicario de Ntra. Sra. de Gracia; seguirá la Novena, Salve y otros cánticos.

Jueves. En Sta. María á las nueve gran funcion que celebra el muy ilustre Cabildo y Clero de la misma segun antiguas concordias, predicando el señor D. José Baeza, beneficiado de la Colegial. A las once se cantará la nona celebrándose al propio tiempo una misa en el altar de Ntra. Sra. Por la tarde predicará en la novena D. José Juliá, capellan de las Agustinas. En los demás dias predicarán D. Andrés Oliver, teniente cura de la Colegial, y D. Francisco Perez, beneficiado de la misma.